



www.loqueleo.com/co

Clímaco Lupín y el secreto de las sandías gigantes

© Del texto: 2019, Albeiro Echavarría

© De las ilustraciones: 2020, Natalia Rojas

© De esta edición:

2020, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá — Colombia

www.loqueleo.com/co

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-5444-76-8

Impreso en Colombia por Editorial Nomos S.A.

Primera edición: abril de 2020

Segunda reimpresión: abril de 2022

Dirección de arte de la colección:

José Crespo y Rosa Marín

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Clímaco Lupín y el secreto de las sandías gigantes

Albeiro Echavarría

loqueleo

A Magnolia Acevedo, por su gran corazón.

Donde Clímaco Lupín explica quién es, a qué se dedica y cuál es el asunto que se trae entre manos



Me llamo Clímaco Lupín, pero mis vecinos me conocen como *el raro del 703*. Ninguno de ellos sabe mi verdadera identidad. Los he logrado engañar mostrando una imagen que no corresponde a lo que realmente soy. Cuando bajo a

dejar a mis dos hijos en el bus del colegio, he oído que comentan a mi paso: “¡Qué horror!”. No lo hacen porque sea feo —digamos que soy *simpático*—, sino porque salgo a la calle en chancletas, medias de rombos que me llegan casi a la rodilla y pantaloneta tipo bóxer con estampados de caritas felices. ¿Que son feos los bóxers? Feos no: ¡horrorosos! Son la antítesis de la moda. Pero yo me siento muy cómodo con ellos. Me atengo a lo que dijo un día la gran editora de moda Diana Vreeland: “Un poco de mal gusto es como un toque de picante”.

Para completar mi descripción —mi engañosa descripción, ya que por razones de trabajo tengo varios rostros—, luzco un bigote muy bien administrado —falso, por supuesto— y unas patillas largas que, además de darme un toque retro, combinan muy bien con una silla de estilo colonial que heredé de mi tatarabuelo Jambal. ¡Ah! Por poco lo omito: tengo una prótesis en el ojo izquierdo, el cual perdí en un vergonzoso accidente cuando tenía quince

años de edad, tema sobre el que no voy entrar en detalles. Lo bueno es que la prótesis no se nota: la primera me la hizo un experto ocularista ñapachicuteño; la segunda, bueno, lo sabrán cuando termine esta historia.

A eso le llamo tener personalidad. No soy de los que se atormentan por las habladurías de la gente. Todos deben aceptar que así soy yo, y no me importa que me llamen *el raro del 703*. Que mis vecinos no esperen que salga en la madrugada en traje de saco y corbata, como ejecutivo de empresa multinacional rumbo a una junta de negocios en Singapur. ¡Acostúmbrense a mi estilo, así les parezca horroroso!

11

Y en cuanto a lo que soy, o en lo que trabajo, que se imaginen de mí lo que quieran: que soy vendedor de seguros, pirata del Mediterráneo, dueño de funeraria, agente de la DEA o cantante de rancheras. Puedo ser todas esas personas, o ninguna. ¡Que lo decidan a cara y sello! Esa es la imagen que quiero proyectar. Lo importante es que tengo bien claro quién soy, a qué

me dedico y cuáles son mis verdaderos gustos. Un tipo como yo no va a andar revelando su verdadero oficio a los cuatro vientos.

12 Pero el hecho de que no me importe lo que digan los vecinos no significa que me haga el de la vista gorda ante lo que susurran cuando salgo del ascensor. Y un punto a mi favor: yo a ellos sí los conozco al dedillo. Sé quién es quién, a qué se dedican y cuáles son sus intenciones. En ese sentido, soy mejor que ellos. Me he vuelto un experto en el estudio del comportamiento humano: sé quién es de fiar y quién anda metido en algún embrollo. Me sé sus nombres, pero ellos no tienen ni idea del mío.

Nadie pensaría que yo, el de los espantosos bóxers, fuera lo que realmente soy: Clímaco Lupín, uno de los detectives más importantes del mundo. Con ciertos estereotipos: chapado a la antigua, amante de la vieja escuela y, en ocasiones, un poco ortodoxo. ¿Así no son todos los detectives? ¿No es así como los pintan en las novelas policiacas? Bueno, yo estoy en todo



mi derecho de pensar que en algo debo diferenciarme de esos detectives modernos —los nórdicos son los más famosos—, tataranietos de Sherlock Holmes, así solo sea en mi forma de vestir.

14 Un momento, por favor. Si hay algo en lo que ninguno de esos detectives nórdicos podría competir conmigo sería en la clase de asuntos que resuelvo. Definitivamente, no me interesa dar con el asesino de la anciana millonaria. Eso se lo dejo a ellos: a Rebecka Martinsson o a Lisbeth Salander. Incluso a los de la KGB, Scotland Yard o el FBI, y en el caso de Ñapachicute, a los escurridizos funcionarios del DAS, sigla del Departamento de Asuntos Sobrenaturales. Sí, no se extrañen: aquí en Ñapachicute ocurren tantas cosas raras que nadie quiere atribuirse nada, y para eso tienen un departamento que asigna a cada hecho un lugar en el vasto infinito de las cosas inexplicables, y que pasan a engrosar la larga lista de los asuntos sin resolver.

Sé que he podido parecerles algo exagerado, o demasiado engreído, no sé, pero como verán más adelante, soy todo lo contrario, y mi esperanza es que a medida que ustedes lean esta historia, vayan cambiando de opinión. Tal vez peque de optimista, pero me contentaría con que al final alguien, un lector, un admirador ocasional, un aspirante a investigador, dijera para sus adentros: “No sé qué voy a hacer cuando Clímaco Lupín cuelgue el sombrero y decida poner fin a su vida detectivesca”.

15

Aclaro que el sombrero lo uso solo en mi casa. Cuando llego de mis viajes lo encuentro siempre colgado del perchero, me lo pongo, y solo me lo quito cuando me voy a la cama o cuando estoy en el baño. Es una especie de nido de ideas que me saca de muchos apuros, sobre todo porque yo considero que la casa es el mejor lugar para resolver un misterio.

Pero vayamos al asunto que me ha llevado a poner en orden las ideas, a sentar cabeza y a desempolvar historias que estaban en peligro